

INTRODUCCION

J.M. Fernández Dols
Universidad Autónoma de Madrid

La presentación de un psicólogo social como Stanley Schachter tiene ciertas ventajas; en primer lugar tiene la ventaja de que no es necesario justificar su elección dado que, probablemente, es una de las personalidades más populares dentro y fuera de la disciplina. En segundo lugar implica la seguridad de que el escrito que presentamos, si bien no es crucial en su obra, tiene un interés envidiable.

En términos biográficos escuetos, Schachter nació en 1922 y estudió en la Universidad de Yale, en el Massachusetts Institute of Technology y en la Universidad de Michigan, donde en 1950 obtuvo su doctorado. Actualmente es catedrático de la Universidad de Columbia y, a juzgar por su amable carta autorizándonos a publicar su trabajo, goza de buena salud.

Hasta aquí la nota biográfica. Además, entre los timbres de gloria de Schachter está el pertenecer al círculo de los discípulos de Lewin y ser uno de los psicólogos más amantes del riesgo (intelectual, se entiende) que conozco. Las aventuras de Schachter son, metodológica y epistemológicamente hablando, no menos osadas que las de Indiana Jones, otro de mis héroes, y provocan los mismos escalofríos —aunque no siempre la misma solidaridad— en el espectador.

Esta forma de entender las cosas es evidente incluso si nos limitamos a considerar sus rasgos estilísticos. A muchos psicólogos sociales les horrorizará que Schachter confiese adorar “la idea de reducir fenómenos psicológicos aparentemente complejos al pH de la orina”, titule uno de sus libros “Ratas y humanos gordos” (Schachter y Rodin, 1974) o aconsejé a sus lectores, en una de las réplicas metodológicas más divertidas que conozco, resolver introspectivamente la polémica experimental inyectándose a sí mismos medio centímetro cúbico de adrenalina al 1:1000 (Schachter y Singer, 1979). Por lo demás, los tiernos comités de ética en la investigación pueden entronizarlo a la derecha de Belzebú; ha contado mentiras a sus sujetos experimentales (vid, por ej. Schachter 1951), les ha inyectado adrenalina (vid. Schachter y Singer, 1962), les ha hecho pasar miedo (vid. Schachter 1959) y, para colmo, ha espiado a un grupo de piadosos ciudadanos que, a falta de los citados comités, se dedicaban a esperar pacíficamente el fin del mundo (Festinger, Riecken y Schachter, 1956).

Afortunadamente para la Psicología Social, Schachter no tuvo que enfrentarse a tal forma de inquisición que, sin duda, podría haber condenado muchos de sus proyectos (vid. Jones, 1985; p. 59). Digo “afortunadamente” porque detrás de sus travesuras, de esta curiosa capacidad para provocar (que, por lo demás, puede comprobarse ampliamente en el artículo reproducido), Schachter goza de una segunda forma de osadía, más profunda, que ha consistido y consiste en roturar campos de la Psicología Social prácticamente vírgenes. El presente tema de discusión gira en torno a la posibilidad de considerar una ruta tabú en los mapas psicosociales, la reduccionista, pero no es

dicha temática la única jungla intelectual en la que Schachter se ha adentrado ni la que le ha proporcionado más fama.

Cuando la emoción era —como dice la celebrada frase— poco más que una excusa para escribir un capítulo en los textos, Schachter y Singer publicaron un famoso experimento en el que se relacionan dos factores básicos en la génesis de la emoción; el cognitivo y el fisiológico (Schachter y Singer, 1962; Schachter y Wheeler, 1962; Schachter, 1964).

No creo que deba extenderme aquí sobre las características de este experimento que, por lo demás, aparece descrito en numerosos textos y revisiones (vid. por ej. Fdez. Dols y Ortega, 1985). Los sujetos que, tras una inyección de adrenalina, carecían de información para interpretar los síntomas fisiológicos que experimentaban, interpretaron cognitivamente su activación en función del contexto; si la situación “sugería” ira experimentaron ira y si “sugería” alegría experimentaron esa emoción.

El trabajo experimental quizás no era perfecto. Hay sin duda algunos problemas de diseño (por ej. no hay una condición neutra que permita observar que ocurre con la activación cuando el contexto no facilita el etiquetado cognitivo; algunos autores — Plutchik y Ax, 1967— señalan la existencia de análisis internos etc.) pero tuvo un poder de sugestión sólo comparable a las ideas de James sobre la emoción. De hecho, Schachter propone un modelo teórico en el que la emoción es la resultante de un estado de activación simpática que recibe su caracterización definitiva como emoción gracias a una evaluación cognitiva y situacional.

¿En qué consistió la osadía de Schachter? Yo diría que en atreverse, hace un cuarto de siglo (i.e., en pleno furor inductivista), a proponer una forma de hacer Psicología que ponía el acento no tanto en verificar ciertas relaciones funcionales cuanto en proporcionar un modelo, una estructura explicativa coherente de la emoción. Esta manera de entender las cosas es incluso novedosa en el decenio actual (vid. por ej. Manicas y Secord, 1983). Pero hay más; la propuesta de Schachter y Singer supone que lo importante, en la experiencia de la emoción, no es un estado del organismo que se traduce en una experiencia consciente de emoción sino una situación externa que condiciona nuestro estado emocional sin que seamos siquiera conscientes de ello.

Vemos, pues, dos ejemplos del modo característico de hacer las cosas por parte de este autor. Pero, ¿por qué el reduccionismo?, ¿cuál es la clave de las preocupaciones de Schachter?

Es evidente que no puedo dar una respuesta concluyente sobre la clave de las preocupaciones de Schachter ni de ningún otro mortal pero sí aventurar algunas hipótesis al respecto. En este sentido, puede ayudarnos a considerar algunos de los hitos más importantes de la obra de Schachter.

Durante los primeros años cincuenta, Schachter trabaja en una cuestión que preocupa a los seguidores de Lewin; la uniformidad grupal (vid. por ej. Festinger, Schachter y Back, 1950; Schachter, 1951). El objetivo de estas investigaciones consistía en observar los mecanismos (especialmente la comunicación) mediante los cuales los grupos mantienen su cohesión y, por tanto, sobreviven: “el campo total de fuerzas que actúan sobre los miembros para que permanezcan en el grupo”.

A partir de aquí, la línea de reflexión previsible en Schachter hubiera sido el estudio de la interdependencia social, del mantenimiento del delicado equilibrio que mantiene esa ilusión que se llama “la sociedad”. Podría haberlo hecho, como John Thibaut y Harold Kelley, a través de modelos teóricos globales como la Teoría del Intercambio (Thibaut y Kelley, 1958) o proseguir los estudios de Festinger acerca de los sutiles procesos cognitivos que convierten la realidad en lo que “debe ser” según nuestro pensamiento o acción (Festinger, Riecken y Schachter, 1956; Festinger, 1957).

Sin embargo, Schachter prefirió una cuestión previa a la propia interdependencia; la raíz de la relación social: la afiliación, ese característico tropismo de los seres humanos hacia estar juntos.

Surge así su primera obra “mayor”: la Psicología de la Afiliación (Schachter, 1959) en la que, en términos esquemáticos, se establece una relación entre conducta afiliativa y ansiedad. En primer lugar, Schachter comprueba que las situaciones que producen una mayor ansiedad parecen favorecer la búsqueda de contacto interpersonal. Tal contacto interpersonal no sólo permite buscar modos de escapar de la situación, intercambiar información o reducir la ansiedad sino que, sobre todo, pone en marcha un proceso de comparación social con el que los sujetos pueden evaluar lo apropiado de su respuesta a la situación. Esta explicación queda corroborada por otra de las conclusiones más conocidas de este trabajo; “misery loves miserable company” o “mal de muchos...”; la gente busca compañía en situaciones de ansiedad o miedo y, si puede elegir, la compañía de aquellos que se hallan en una situación igualmente desgraciada.

A partir de esta obra, Schachter parece interesarse por el poder determinante de la situación a la hora de definir los estados subjetivos y la conducta de los individuos. Parece que los demás no sólo nos confortan sino que nos dan información sobre *cómo* debemos estar. ¡Y “estar” y “ser” son prácticamente sinónimos en Psicología!

No tiene, pues, nada de sorprendente que, en 1962, aparezca la contribución más famosa de Schachter: su experimento sobre emoción. La ansiedad queda sustituida por la activación fisiológica y el proceso de comparación social se convierte en un ambiguo “etiquetado cognitivo”. El individuo queda convertido en una “juke box” a merced de su fisiología y de la situación.

Así las cosas, ¿no hubiese sido mejor que los Comités de Ética prohibieran todos estos experimentos que no sólo sobresaltan a los sujetos sino que ponen en duda la autonomía de la conciencia? La respuesta a estas preguntas es, obviamente, cuestión de gustos pero hay razones de peso para responder negativamente: los trabajos citados han proporcionado uno de los intentos más serios de la Psicología para aliviar el sufrimiento humano. En 1966 Nisbett y Schachter proponen una de las líneas de trabajo más interesantes dentro del llamado “paradigma de atribución errónea”; un sujeto se enfrenta a un estímulo capaz de provocarle activación, si el sujeto establece la relación entre dicha activación y el estímulo surge una emoción si este último tiene contenido emocional. Así, por ejemplo, una descarga eléctrica o la posibilidad de recibirla nos produce una activación que —en el momento que caracterizamos la situación— se convierte en miedo o dolor. Pero ¿qué ocurre si “despistamos” al sujeto, esto es, si le presentamos un estímulo muy saliente y carente de contenido emocional al que atribuya sus síntomas de activación? Nisbett y Schachter proporcionaron a sus sujetos experimentales un placebo al que atribuían efectos secundarios semejantes a los de activación; de este modo lograron que la activación concomitante a una descarga eléctrica fuera interpretada por los sujetos en términos de dichos efectos secundarios... incrementándose la tolerancia a las descargas y disminuyéndose la experiencia de dolor.

Este experimento ha proporcionado un volumen impresionante de investigación básica y aplicada en cuestiones tales como adicción al tabaco, insomnio, problemas de interacción, etc.; la idea básica de todos ellos es que el proceso de atribución puede, convenientemente manipulado, disminuir la emocionalidad de los sujetos. Por otra parte, los resultados son también polémicos a nivel teórico y metodológico (cf. Ross y Olson, 1981; Reizenstein, 1983) pero no más problemáticos que toda la investigación actual sobre emoción. Una vez más nos encontramos con un gran poder de sugerencia por encima de los problemas puntuales.

Otro de los trabajos más populares de Schachter (inspirado también en sus investiga-

ciones sobre afiliación y emoción) es el que publicó en 1964 con Latané. Si en su trabajo con Nisbett se trata de reducir el dolor “etiquetando erróneamente” el origen de la activación fisiológica, ahora se trata de potenciar dicha activación y su “etiquetado verdadero” en sujetos con graves problemas de integración social. En concreto, Schachter y Latané confirmaron las observaciones de Lykken (1957) sobre la incapacidad de los psicópatas para el aprendizaje de evitación de estímulos nocivos y observaron que un incremento artificial de la activación lograda mediante adrenalina mejora su aprendizaje en una tarea de evitación de descargas eléctricas. La idea que orienta dicha investigación es que el psicópata no es capaz de establecer la contingencia adecuada entre algunos de sus comportamientos desviados y los castigos que estos implican por una notable falta de tono emocional. Una vez más, Schachter señala un filón cuyos desarrollos prácticos y teóricos no se han agotado (vid. por ej. Blackburn, 1983).

Llegamos así a los años setenta. Nos encontramos en pleno auge de la “relevancia de la relevancia” y nuestro autor parece investigar cada vez más cuestiones aplicadas: obesidad, delincuencia, consumo de tabaco, sin renunciar por ello a sus presupuestos teóricos... Sus trabajos logran un raro equilibrio entre teoría y aplicación y, a pesar de su explícito propósito aplicativo, tienen importantes consecuencias teóricas y, como vemos en este debate, incluso epistemológicas.

La investigación que venimos comentando parece ir creando en Schachter una perspectiva cada vez más polarizada respecto a dos campos de trabajo: las bases fisiológicas y el repertorio de situaciones que condicionan el comportamiento de los sujetos. Parece que ambos elementos caracterizan decisivamente nuestra conducta pero Schachter parece preguntarse si es posible profundizar simultáneamente en ambos. Esta duda se materializa muy claramente en la línea de investigación que da a conocer al público a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta: los determinantes psicológicos de la obesidad.

Por una parte, Schachter y su equipo (vid. Schachter, 1968; Schachter y Gross, 1968; Schachter, 1971a) demostraron que la obesidad puede ser el resultado de una “falsa hambre”, esto es, de un mecanismo adquirido de atribución errónea que identificaría con hambre la percepción de ciertos indicios ambientales habitualmente relacionados con la comida. El equipo de Schachter realizó una serie de experimentos que confirmaron el hecho de que los individuos con exceso de peso son especialmente afectados por ciertos indicios situacionales tales como la presencia u olor de comida, la presencia de otras personas comiendo etc. a la hora de interpretar su grado de hambre y consiguiendo ingesta de alimentos.

Pero, prácticamente a la vez, Schachter se interesa por la posible relación, observada en ratas, entre sobrealimentación y ciertas lesiones del hipotálamo (Schachter, 1971b). Este punto de vista abre una perspectiva opuesta a la anterior, fundamentalmente reduccionista y que conecta directamente con su investigación sobre tabaquismo, suficientemente comentada por el propio Schachter en el artículo que reproducimos.

¿Por qué gana la partida la investigación sobre las bases fisiológicas del comportamiento? Creo que, además de las razones que Schachter proporciona en el citado artículo y que son comentadas por Gustavo Bueno, Harald Wallbott y Alberto Becerra, el discurrir de la obra de Schachter nos da algunas claves de comprensión. Creo que, en primer lugar, hay una limitación teórica que proviene de su marco de referencia básico: su modelo de la emoción.

Cuando, a comienzos de los sesenta, Schachter propone su teoría de la emoción, la Psicología no estaba preparada para englobar su modelo. La “cognición” de Schachter y Singer significaba simultáneamente atención a síntomas corporales y ambientales, necesidad de saber, categorización automática de una situación etc. (vid. Leventhal, 1980);

en cuanto a la activación, se trata de un concepto a menudo contradictorio en términos de indicadores empíricos y con una relación problemática con los fenómenos psicológicos (vid. Eysenck, 1982). En realidad la teoría de Schachter es un reto que, en términos verificacionistas, es interminable: es posible introducir precisiones que relativicen el modelo pero nunca será posible postular que no existe conexión alguna entre cognición y activación emocional (vid. Fdez. Dols y Ortega, 1985).

Enfrentado a dos paisajes con tan remotos horizontes —la interacción entre fisiología y conducta por una parte y el conjunto casi infinito de situaciones que puede vivir un ser humano— Schachter parece optar por el primero. En una entrevista mantenida con Evans a mediados de los setenta (Evans, 1980), nuestro hombre hace estos comentarios a propósito de su investigación sobre obesidad:

Parece ser que el obeso come en base a las características del ambiente más que para satisfacer una necesidad fisiológica concreta, y el mundo está lleno de elementos ambientales relacionados con la comida (...). Y con un mundo construido así, es casi imposible evitar dichos elementos ambientales (...). El problema es, ¿cómo extinguir un mundo...?

(Evans, 1980, p. 151)

Schachter, preocupado por resolver algunos problemas relacionados con la conducta humana, opta por abandonar la descripción prolija de esta maraña cálida y confusa de situaciones en las que se va sedimentando nuestra biografía. Prefiere la versión del mundo fría, simplificadora... y aparentemente más eficaz del planteamiento reduccionista. Hay, como se trasluce en el párrafo citado, una cierta urgencia pragmática en la opción. En otros casos —como en la boutade del pH de la orina— encontramos un cierto placer estético característico del investigador apasionado que identifica saber y diversión. ¿Hay también una apuesta a largo plazo?

No me parece adecuado intervenir en la discusión que presento y cedo la palabra a los comentaristas invitados para que evalúen la viabilidad de tal posible apuesta.

En cualquier caso, concluyo con cierta nostalgia esta glosa de la trayectoria intelectual de Schachter; un psicólogo social chapado a la antigua, acostumbrado a merodear sin temor por territorios tan inhospitos como la cognición en tiempos de los conductistas o la fisiología cuando la parroquia es cognitivista.

Desgraciadamente los tiempos cambian; la vieja concepción de la Psicología Social como la caza mayor se eclipsa y los nuevos psicólogos sociales, sedentarios y ortodoxos, producimos inofensivos (y eticamente irreprochables) crucigramas de papel y lápiz u otros pasatiempos cognitivistas aún más pacatos. ¿No será esa rebeldía nómada otra de las claves del reduccionismo de Schachter?

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Blackburn, R. Psychopathy, delinquency and crime. En A. Gale y E.A. Edwards (Eds.) *Physiological correlates of human behavior*. London; Academic, 1983.
- Evans, R.I. *The making of social psychology*. New York: Gardner Press, 1980.
- Eysenck, M.W. *Attention and arousal* Berlin: Springer, 1982.

- Fernández-Dols, J.M. y Ortega J.E. Los niveles de análisis de la emoción: James cien años después *Estudios de Psicología* 1985, (21), 35-56.
- Festinger, L. *A Theory of cognitive dissonance* Stanford: Stanford Univ. Press, 1957.
- Festinger, L.; Riecken, H. y Schachter, S. *When prophecy fails*. Minneapolis; University of Minnesota Press, 1956.
- Festinger, L.; Schachter, S. y Back, K. *Social pressures in informal groups* New York; Harper, 1950.
- Jones, E.E. Major developments in social psychology during the past five decades. En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.) *Handbook of Social Psychology* (vol. 1). New York; Random House, 1985.
- Leventhal, H. Toward a comprehensive theory of emotion. En L. Berkowitz (Ed.). *Advances in Experimental Social Psychology* (vol. 13) New York; Academic, 1980.
- Lykken, D.T. A study of anxiety in the sociopathic personality *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 1957, 55, 6-10.
- Manicas, P.T. y Secord, P.F. Implications for psychology of the new philosophy of science *American Psychologist* 1983, 38, 399-413.
- Nisbett, R.E. y Schachter S. Cognitive manipulation of pain *Journal of Experimental Social Psychology* 1966, 2, 227-236.
- Plutchik, R. y Ax, A.F. A critique of determinants of emotional state by Schachter and Singer *Psychophysiology* 1967, 4, 79-82.
- Reisenzein, R. The Schachter theory of emotion: two decades later *Psychological Bulletin* 1983, 94, 239-264.
- Ross, M. y Olson, J.M. An expectancy-attribution model of the effects of placebos *Psychological Review* 1981, 88, 408-437.
- Schachter, S. Deviation, rejection and communication. *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 1951, 46, 190-207.
- Schachter, S. *The psychology of affiliation*. Stanford: Stanford Univ. Press, 1959.
- Schachter, S. The interaction of cognitive and physiological determinants of emotional state. En L. Berkowitz (Ed.) *Advances in Experimental Social Psychology* (Vol. 1) New York: Academic, 1964.
- Schachter S. Obesity and eating. *Science* 1968, 161, 751-756.
- Schachter, S. *Emotion, obesity and crime*. New York: Academic, 1971.
- Schachter, S. Some extraordinary facts about obese humans and rats *American Psychologist* 1971, 26, 129-144.
- Schachter, S. y Gross, L. Manipulated time and eating behavior. *Journal of Personality and Social Psychology* 1968, 10, 98-100.
- Schachter, S. y Latané, B. Crime, cognition and the autonomic nervous system En D. Levine (Ed.). *Nebraska Symposium on Motivation* (vol. 12). Lincoln: Univ. of Nebraska Press, 1964.
- Schachter, S. y Rodin, J. *Obese humans and rats*. Hillsdale: L. Erlbaum, 1974.
- Schachter, S. y Singer, J.E. Comments on the Maslach and Marshall-Zimbardo Experiments. *Journal of Personality and Social Psychology* 1979, 37, 989-995.
- Schachter, S. y Singer, J. Cognitive, social and physiological determinants of emotional state *Psychological Review* 1962, 69, 379-399.
- Schachter, S. y Wheeler, L. Epinephrine chlorpromazine and amusement *Journal of Abnormal and Social Psychology* 1962, 65, 121-128.
- Thibaut, J.W. y Kelley, H.H. *The social psychology of the groups*. New York; Wiley, 1958.